

Una amiga llamada María Ester

Debió ser en el año de 1974 cuando conocí a María Ester. Yo estaba estudiando la licenciatura en Letras en la Universidad de El Salvador y era instructora contratada; la asignatura, en la que apoyaba con los laboratorios a la profesora titular, era Fonética Histórica del Español I. El grupo de alumnos no era grande, serían unos 15 o 20. Entre ellos había una alumna nicaragüense: María Ester.

Entiendo que ella ingresó por equivalencias, dado que había realizado estudios en Managua. Era muy simpática, conversadora; se llevaba bien con todos. Era frecuente verla temprano, antes de las clases, platicando con los compañeros en el espacio que quedaba entre las cabañas de madera, de las cuales, una era el Departamento de Letras. Como alumna era muy responsable, estudiosa.

Se involucró en las actividades estudiantiles originadas en el Departamento de Letras en 1976, debido al descontento contra algunos profesores hora-clase que no cumplían con sus responsabilidades. Allí vi a María Ester en las reuniones que realizaban los alumnos y en las que también participaba su cuñado, Alfredo, quien llegó a ser dirigente de un movimiento: las L.P. 28 (Ligas populares 28 de julio). Como consecuencia de esas actividades se produjo el segundo cierre de la Universidad; entonces, pasé a la planta docente del Departamento de Idiomas. Dejamos de vernos con María Ester.

Nos reencontramos en Managua en 1985 y era como si no hubiera transcurrido el tiempo: el trato era igual y estábamos alegres de vernos. Conoció a mi hija; María Ester estaba con su familia. Volvimos a distanciarnos; los Zamora, pese a la situación política, regresaron a El Salvador. Cuando volví al país, regresé a trabajar en la UES. En 1996, tuve la oferta de impartir una asignatura en la UCA y, así, me fui incorporando. De nuevo un reencuentro con María Ester; ella era docente en el Departamento de Letras para la primera carrera: Comunicaciones y Periodismo.

Impartíamos distintas secciones de las mismas asignaturas: Lingüística I y II. Las planificábamos juntas, compartíamos ejercicios, nos revisábamos las propuestas, los exámenes y conversábamos sobre “aquellos tiempos” y los hijos. Con los cinco hijos de ella, teníamos material para el rato: andaba preocupada por lo que hacía o no hacía cada uno de ellos; siempre andaba resolviendo diversas situaciones. A veces, cuando andaba un tanto agobiada, yo le decía: “El fin de semana andate solita a un hotel al mar o a Chalate y descansas”. En una ocasión, me dijo: “No puedo, porque entro a un retiro el viernes”. Yo le respondí: “No necesitás retiros, vos vas a entrar directo al cielo...” pero no me creyó.

María Ester se involucraba en diversas actividades de apoyo a la Iglesia. Por ella conocí el cantón El Limón, allá por Ciudad Delgado, si no me equivoco. La acompañé a dejar víveres y ropa a una iglesia, creo que era una colaboración al padre Dean. Si no es por ella, no habría llegado a ese lugar. Empezaban las maras, pero en la periferia. Debimos haber ido a finales del verano, la era calle polvosa, todo se veía árido, como abandonado. Íbamos con temor; no se veía un alma en las calles. Era casi mediodía. Cuando llegamos, la iglesia estaba cerrada y nosotras tocábamos la puerta y mirábamos para todos lados, para estar pendientes de si llegaba alguien. Finalmente, nos abrieron la iglesia y fue un gran respiro. Entregamos el donativo y regresamos; fue una aventura. Ella se involucraba mucho en actividades solidarias.

También, quienes nos relacionamos con ella nos enterábamos de la gama de intereses que tenía; por ejemplo, recibió un curso de jardinería y también asistió a clases de danza cubana, si mal no recuerdo. Decía que gozaba mucho en esas clases. También le ayudó a un hermano en ventas, según entiendo, y la veía haciendo cálculos de valores y comisiones.

Por supuesto, María Ester siempre apoyaba a Rubén en las actividades políticas, como cuando él fue candidato a Presidente; un lunes, ella venía mortificada porque había salido la familia Zamora en una gran fotografía en el periódico del domingo. Nosotras, acá, la molestábamos; le decíamos que íbamos a comentar: “Yo fui compañera de la Primera Dama”.

En el Departamento de Comunicaciones, María Ester fue un pequeño motor para mantenernos unidos. Organizaba las celebraciones de los cumpleaños de todo el personal, las programaba para cada dos meses. Era muy diligente; sacaba tiempo del tiempo para enviarnos los correos recordándonos del evento, recolectaba el dinero de la contribución para el festejo y para comprar el pastel. Assignaba el día y la hora, tratando de que la mayoría de nosotros estuviera presente. En la época en que vivía en la colonia Vista Hermosa, ofrecía su casa para las reuniones de agasajo a futuras madres. Todos guardamos cálidos recuerdos de su hospitalidad.

En los últimos años que estuvo en el Departamento, estudió la Maestría en Filosofía y pasó a trabajar a medio tiempo; buscaba ya la jubilación.

Cuando ya se había retirado, acompañó a su esposo a la India. Nos comentaba que era impresionante el tráfico: mares de carros, bicicletas, carritos halados por hombres y que se veía como un caos, pero que así funcionaba; que había miles de

alambres y cables en los postes de las calles. También la impactaba mucho la pobreza.

Aprovechó su estadía allá para lograr que un director de cine de la India viniera a dar una charla, a los estudiantes. Ella, por su parte, estuvo practicando yoga y estaba aprendiendo sánscrito, creo.

En los últimos tiempos, cuando estaba en Washington, nos decía que no le gustaba el frío. No importaba que estuviera lejos; siempre se comunicaba y, cuando venía al país, nos llamaba para decirnos qué día iba a venir a vernos; nos traía recuaditos para cada uno. Aprovechábamos para ir a comer o tomar café y escuchar sus experiencias.

Por eso, nos quedamos esperando la visita de este año; la había anunciado en el último correo: “Aquí en Nueva York ya sintiendo el frío un poquito, y menos mal que llegaré por San Salvador a mediados de diciembre y espero pasarme mis dos meses por lo menos para evitar lo más fuerte del invierno aquí, así que espero llegar por la UCA a felicitarlas después de navidad, quizás como en la segunda semana de enero porque tendré la visita de Rubén Camilo y su familia y se quedan hasta como el 7 de enero, y ya ves que la familia llena demasiado los días en esa época”.

Nos quedó pendiente esta reunión. A ver si en “el otro lado” podemos concretarla.

Julia Margarita Montúfar. Junio 24 de 2015, San Salvador.